

Adrià Pujol Cruells

LA GULA

COLECCIÓN FRAGMENTOS
SERIE PECADOS CAPITALES

Traducción del catalán
RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ

Oriol QUINTANA, *La pereza.*

Marina PORRAS, *La envidia.*

Oriol PONSATÍ-MURLÀ, *La avaricia.*

Adrià PUJOL CRUELLES, *La gula.*

Anna PUNSODA, *La lujuria.*

Jordi GRAUPERA, *La soberbia.*

Raül GARRIGASAIT, *La ira.*

FRAGMENTA EDITORIAL

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 58
Serie PECADOS CAPITALES

Primera edición ENERO DEL 2019

Dirección editorial IGNASI MORETA
Producción gráfica AINA BRUGUÉ
Diseño de la cubierta ELISENDA SEVILLA I ALTÉS

Imagen de la cubierta Letra capitular procedente de
Cervantes, *Don Quixot de la
Manxa*, Octavi Viader,
Sant Feliu de Guíxols, 1936.

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S.A.

© 2020 ADRIÀ PUJOL CRUELLS
por el texto

© 2020 RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ
por la traducción del catalán

© 2020 FRAGMENTA EDITORIAL, S.L. U.
por esta edición

Depósito legal B. 910-2019
ISBN 978-84-17796-20-4



Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

Con la colaboración del Departament de
Cultura de la Generalitat de Catalunya

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

*Gltonia procura ladronici, e descortesia,
e luxúria, e vergonya.*

Ramon LLULL, *Llibre dels mil proverbis*

ÍNDICE

Introducción	9
I ¿Pecado, enfermedad o sistema?	23
II Origen del pecado de la gula	45
III Gula y mujer	57
IV Verborrea y gula, para acabar	67
<i>Bibliografía</i>	71

INTRODUCCIÓN

ANTES DE ENCENDERSE los humanos en la Tierra, el mal no existía. Y mientras no nos apaguemos, el mal no dejará de palpitar. Pero esto no quiere decir que lo implantásemos nosotros. Quiere decir que nuestros ancestros lo sintieron. Porque todo lo que no se percibe, es decir, todo lo que no se puede *representar*, fijaos, tampoco se puede impugnar, enaltecer ni conjurar, soportar. Otra cosa es si nos crearon para lidiar con el mal o si fuimos el huevo. Ya lo averiguaremos: nos halaga pensar que no nos activamos por ningún motivo de peso; como mucho, para dejar testimonios efímeros sobre la belleza, sobre el dolor y sobre cosas de este calibre.

Nos despertamos. Decidimos que éramos el centro del universo, o un boleto premiado, y captamos el mal. Poco a poco lo fuimos pensando, lo

sufriamos o lo reproducíamos. Más de una lumbrera intentaba atarlo en corto con rituales cutres y pinturas esquemáticas, pero hasta la aparición del lenguaje mínimamente articulado, hace unos 70 000 años, no le *pusimos un nombre al mal*. Con este ir tirando estipulábamos una jerarquía, una especie de termómetro de la malignidad. Y con la aparición de la escritura, hace tan solo 6 500 años, acabamos de perfilar sus características. De cómputos y leyes, de rosarios de faltas y virtudes, cada tierra y cada época, cada sacerdote, cada pensadorzuelo y cada caudillo se han hecho una lista a medida. Y ahí andamos todavía. Paganismos embutidos en las fosquedades del cerebro, antiguas religiones agonizantes o nuevos dogmas seculares, profetas de los medios y desgraciados en la cuerda floja, continuamos todos pontificando sobre el mal. A golpe de denuncias o aplausos, el guirigay es considerable. El bien y el mal, todo un tema.

Por otro lado, como no hay nada que dure para siempre, ni las playas ni las doctrinas son estáticas. A guisa de ejemplo, la evolución (esto es, la percepción) de los pecados ha cambiado bastante. Lo comentaremos más abajo, pero el

concepto de los siete pecados capitales no se fosiliza en la Biblia. Se conoce la clasificación del monje y asceta Evagrio Póntico (siglo IV) sobre las tentaciones o malos pensamientos, en la cual recogía la gula junto con la ebriedad, la fornicación, la avaricia, el dolor o la tristeza, la ira, la pereza, la vanagloria y la soberbia. Casi en paralelo tenemos las reflexiones del sacerdote y padre de la Iglesia Juan Casiano (entre los siglos IV y V), según el cual la pareja formada por la gula y la fornicación serviría de origen de todos los otros males.

Clasificados por orden decreciente de gravedad, los pecados se consideraron las transgresiones más innobles del alma. Además, algunos se incluían en el vientre de los otros, el examen teológico manejaba un batiburrillo de términos similares, y por ello la lista culebreó durante varios siglos más. Encasillar el mal es difícil. Fue el papa Gregorio Magno (siglos VI-VII) quien fijó los pecados tradicionales disolviendo el dolor y la tristeza en la pereza, la vanagloria en la soberbia, intercambiando la fornicación por la lujuria a la vez que añadía la envidia. Y se constituyeron los siete pecados capitales, que hoy ya no se puede afirmar que todo el mundo conozca, ordenados de la siguiente mane-

ra: lujuria, ira, soberbia, envidia, avaricia, pereza, y la gula en último lugar. Pero no hay ningún orden que perdure. Tomás de Aquino (siglo XIII) puso patas arriba este orden. La gula pasó al tercer puesto del podio, al lado de la soberbia, en primer lugar, y de la avaricia, en el segundo. Más allá de esto, dado que somos proclives a las clasificaciones tristemente pendulares, los teólogos se sacaron de la manga siete virtudes, verbigracia, las virtudes cardinales o de origen humano (prudencia, justicia, fortaleza y templanza) y las virtudes teologales o de origen divino (fe, esperanza y caridad).

En función de la época y del clima social, hay pecados más o menos mal vistos. Hoy por hoy, la escala de la gravedad no es la misma que en la época, a la que acabamos de aludir, del cristianismo a cascoporro. Por ejemplo, a diferencia de en la Alta Edad Media, hoy el pecado de la gula goza de salud y representantes para dar y vender y, no obstante, desde el punto de vista de la malignidad se considera una falta bastante leve, un vicio tolerable. Esto sucede por diversos motivos. El principal es que hemos democratizado el ocio, la voracidad y el acceso a las prestaciones sociales,

en los medios de comunicación y en la energía que intercambiamos por confort, y como resultado hemos engordado. Y pasa que, de los siete pecados, el único que se percibe a primera vista es el de la gula, siempre que se trate de glotones. La filósofa Francesca Rigotti (2008) explica que la primera vez que fue a Estados Unidos se quedó pasmada al ver a tanta gente entrada en carnes, tantas tiendas de ropa gigante. También dice que años más tarde el fenómeno se extendió por todo el mundo: lorzas y desparpajo en el espacio público y una afición creciente por la desmesura colectivizada. El consumo de bebidas azucaradas se exagera como si no hubiese de volver a salir el sol. La Coca-Cola y el Papá Noel rojo llegan a Europa con el Plan Marshall.

Rigotti diferencia en este sentido la gula del resto de pecados, porque se puede intuir. El resto no son tan obvios, tanto si somos víctimas de ellos como si somos sus agentes. Paseamos y no sabemos si un conciudadano es tacaño o iracundo. No contamos con ninguna evidencia de que el vecino suela caer en la soberbia o en la envidia. Y quizás la vecina pone cara de mandrilona o de lujuriosa, pero en cualquier caso el juicio será

un prejuicio. Ni mirándonos por dentro somos lo bastante valientes como para aceptar que tenemos esos defectos y, en general, hacemos la vista gorda. La capacidad humana para la autoindulgencia es formidable. En cambio, el pecado de la gula, que se registra en el alma y, por lo tanto, bien podría ocultarse como los demás, también se hace carne. Tomando prestado el concepto de un informe de la OMS, Rigotti habla de una obesidad global o *globesity*.

Una vez arrancado el siglo XXI, todo hace prever que el número planetario de glotones aumentará. Dicho de otra manera, parece que la gula tiene un pie y medio fuera de la lista de los siete pecados tradicionales. Liberados de toda culpa, los tragaldabas son legión y los médicos hablan de enfermedad hereditaria o de hábitos poco saludables. Por un lado, los activistas culpan al capitalismo, y los que hacen negocio con ello luchan por arrebatárles la gula a los credos arcaicos. En el año 2003, algunos restauradores, *gourmets* y periodistas franceses dirigieron una súplica al papa Juan Pablo II, que se publicó al año siguiente con el título *Supplique au Pape pour enlever la gourmandise de la liste des péchés ca-*

pitaux: pedían sustituir la *gourmandise* (concepto canónico para referirse a la gula en francés) por la *gluttonnerie*. Nada permanece, pero —más allá de la astracanada, el tema no es baladí. Actualmente el gastrónomo es aquel que ama la comida, pero mantiene una relación equilibrada con ella, de aires aristocratoídes; en cambio, el glotón es quien se pierde en la avidez. Al mismo tiempo es absurdo continuar considerando la gula como una ofensa a Dios, cuando todo el mundo sabe que el mal del comilón es más bien una mutilación. Una autolesión doble, física y social. Riesgo cardiovascular y miradas de reproche, por decirlo pronto y mal, traducibles en más gastos (impuestos) para la comunidad y en una mala imagen grupal, un fracaso tribal. La gordura no es ninguna ganga; según cómo, deprime y, para colmo, genera desconfianza; el barrigudo es la viva imagen del descontrol. La penitencia de los golosos actuales pasa por el rechazo de sus allegados y por el rechazo de uno mismo, enfrentado al espejo, y ya no cuentan con el auxilio de la esperanza en un perdón ultraterreno.

Nos reñimos o nos absolvemos entre nosotros. El aspecto punitivo que preña toda religión